

NUEVOS RECURSOS DECORATIVOS

Casas: H Arquitectes, Elena Hachuel
Un hotel en la Isla de Pascua Todo sobre
los Campana Ineke Hans: Back to the basics
El nuevo Hermitage de Amsterdam
Rojkind: Laboratorio del color
Beth Galí: Un interior gráfico Dossier baño
Iluminación técnica



GLOBUS





Los zares bailan en Amsterdam

Merkx+Girod transforman dos alas de un edificio histórico en una impresionante representación virtual y abstracta del Palacio de Invierno de los zares rusos para inaugurar la nueva sede en Amsterdam del Hermitage, de la que también han diseñado los interiores permanentes. En los nuevos museos, el espectáculo empieza a estar dentro. Texto: **JOSÉ MARÍA FAERNA** Fotografía: **ROOS ALDERSHOFF**



1



4

El peso del contenedor por encima del contenido. Ese es el tópico –y el reproche– recurrente de los últimos veinticinco años cuando se habla de nuevos museos, la punta de lanza de la era de la arquitectura espectáculo. Ahora que la crisis obliga a hilar más fino y los nuevos Guggenheims y Louvres buscan el calor del petróleo de los emiratos que todavía puede pagar esas alegrías, quizá en la vieja Europa el espectáculo empiece a desplazarse hacia el interior. El pasado 20 de junio abrió en Amsterdam el penúltimo gran museo europeo, que, por una vez, viene del Este para conquistar el Oeste. El viejo Hermitage de San Petersburgo, tras su fallida aventura en Las Vegas de la mano del Guggenheim neoyorquino y de la varita

estelar de Rem Koolhaas –cerró definitivamente en mayo del año pasado–, inaugura franquicia en la capital no oficial de Holanda con un cambio radical de estrategia. Ningún nuevo icono arquitectónico turbará el paisaje urbano de típicas casas de comerciantes rematadas por agudos pinones triangulares porque el museo de los zares ha tomado posesión de los casi 10.000 metros cuadrados del Amstelhof, un gran edificio histórico que lleva asomando sus 102 metros de fachada a la orilla del Amstel desde finales del siglo XVII, cuando fue construido como asilo para ancianos. La rehabilitación es de Hans van Heeswijk, un discípulo de Aldo van Eyck que ha respetado escrupulosamente el imponente y bien proporcionado –pese a su enorme di-

El exterior clasicista del Amstelhof queda intacto (2, 3). Interiorismo discreto en recepción (1), tiendas (5) y restaurante (6). Lámparas diseñadas ex profeso singularizan el Church Hall (4).

mención para la escala doméstica y discreta de la ciudad– contenedor de ladrillo, de un clasicismo casi ascético; pero la intervención decisiva es el interiorismo de Evelyn Merckx y Patrice Girod, un estudio que sabe sorprender en interiores históricos, como prueba su insólita conversión en 2007 de las naves góticas de la Iglesia de los Dominicos de Maastricht en librería (DI 187) o su transformación de la muy austera y protestante Nieuwe Kerk de Amsterdam en escenario de fantasía orientalista para la exposición *Morocco* en 2004 sin alterar ni un ápice la integridad de espacios tan comprometidos. También es suyo el vibrante diseño de la exposición inaugural, *En la corte rusa. Palacio y protocolo en el siglo XIX*, que puede verse hasta el

final de enero de 2010. La pompa bizantina y deslumbrante de los zares del XIX en medio de la circunspección burguesa y progresista de la arquitectura civil holandesa; un contenedor desnudo y astringente para un contenido apabullante, excesivo: ese es el choque de trenes que el diseño de Merckx+Girod resuelve con eléctrica naturalidad. Ellos resumen la fórmula en tres principios básicos: preservar íntegramente “la piel monumental del edificio”, tanto hacia afuera como hacia adentro; organizar el interior conforme a su estructura general, pero “con variaciones que lo vuelvan más individual como resultado de necesidades o deseos determinados por el programa”, y diseñar “elementos especiales, dotados de autonomía dentro del edificio”

allá donde sea necesario generar “identidad local”. Así, el solemne Church Hall –el espacio mayor del antiguo asilo, que servía de iglesia y lugar de recepción de autoridades y, a diario, de comedor comunal– sólo se viste con la luz que entra al ritmo pausado de sus vanos y con las enormes lámparas diseñadas por los interioristas, cuya pesadez metálica se convierte en vaporosa ligereza gracias a la corona textil que les da forma. Los espacios comunes, como la zona de recepción o el Restaurante Neva, se singularizan con discreción... Pero, ¿qué hacer para mostrar el esplendor de la corte de los Romanov, incluyendo su trono, sus joyas de Fabergé, sus vestidos de gala? La desnudez calvinista se vuelve entonces un aliado insospechado y las dos grandes

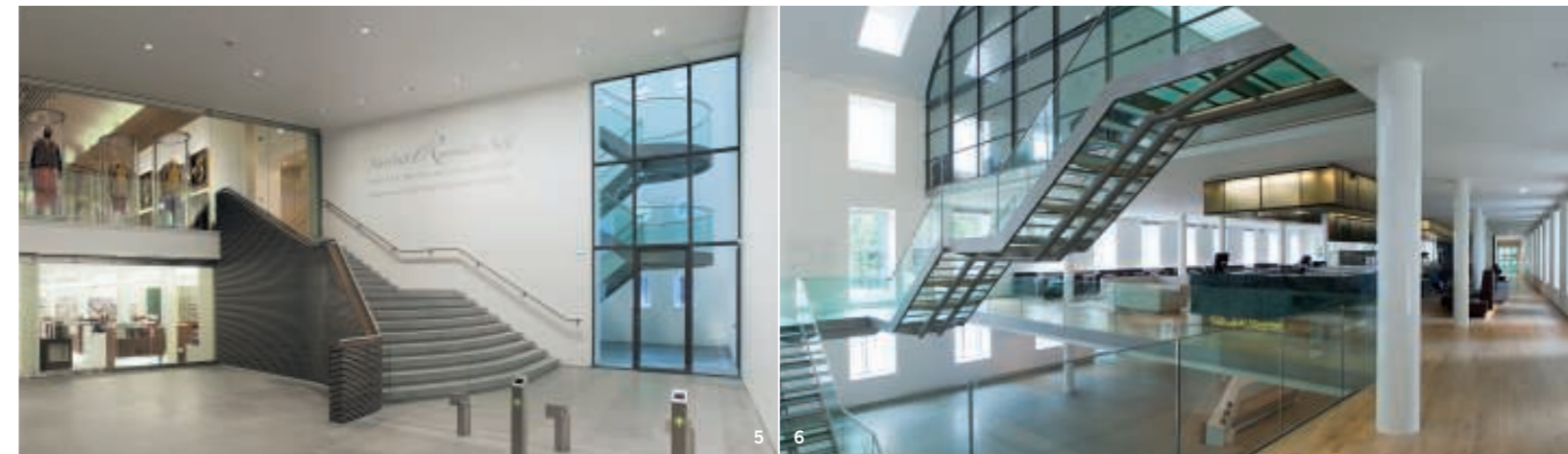


2



3

2. AIRPHOTO/SHIRAZ, B. V. / 3. S. V. G. LUKA KRAMER



5

6

 MÁS INFORMACIÓN GRÁFICA EN disenointerior.es

interiorismo



Las paredes de la Keizersvleugel (7, 9) y la Herensvleugel (8, 10) evocan gráficamente dos salones del Palacio de Invierno. Las vitrinas elípticas son giratorias. Todas son reutilizables.

salas dispuestas por Van Heeswijk en cada una de las alas laterales del edificio, la Herensvleugel y la Keizersvleugel, son transformadas por Merckx+Girod en réplicas virtuales de los dos grandes espacios ceremoniales del Palacio de Invierno petersburgués: los Salones de Nicolás y el de San Jorge o Salón del Trono. El segundo era el lugar de las audiencias de estado y los rituales de corte; el primero, el gran salón de baile y sede de la vida mundana de los zares. Las dos salas del Amstelhof reúnen los imponentes trajes de corte en vitrinas metálicas desmontables y reutilizables, formando una jaula continua en el centro de la Keizersvleugel y cilindros elípticos giratorios en la Herensvleugel. La paredes no sólo acogen cuadros y jarrones,

sino que se transforman en pantallas en las que, como en un escenario de dibujos animados, trazos gráficos muy sueltos o grandes paños pintados de plata reflectante, evocan el interior de los dos salones del Palacio de Invierno, residencia oficial y privada de los zares y corazón del Hermitage original. En la Herensvleugel se proyectan imágenes de una película rodada por Alexander Sokurov en las verdaderas salas petersburguesas y las vitrinas elípticas giran, de modo que la corte de los Romanov vuelve a bailar en un Salón de Nicolás ilusorio que hubiera cambiado el Neva por el Amstel, donde los ecos de la pompa imperial y el boato bizantino se confunden festivamente con el cívico ascetismo protestante holandés. ■

